

medida, dirigieron una exposicion al general Gage, que puso á gran altura su patriotismo y generosos sentimientos. «Al cerrar el puerto de Boston, expusieron, creen algunos que las ventajas y beneficios del comercio serán todos para nosotros; pero nuestro puerto, por su posicion y su naturaleza, no nos permite ser rivales en este punto de nuestra colonia hermana, y aún cuando no fuese así, seria mostrarnos insensibles á toda idea de justicia, á todo sentimiento de humanidad, si pensáramos en apoderarnos de ajenas riquezas para levantarnos sobre las ruinas de nuestros desgraciados compañeros.» Los habitantes de Marblehead ofrecieron á los comerciantes de Boston sus muelles y almacenes para el embarque y desembarque de sus géneros. En la mayor parte de las ciudades se hicieron públicas manifestaciones de general sentimiento, la poblacion de Filadelfia sintióse dominada de profunda tristeza, y en Virginia se observó el día 1.º de junio el acordado ayuno con las debidas solemnidades.

Washington hace notar en su diario que cumplió puntualmente con todos los preceptos religiosos.

Despues de esto recibíéronse en Boston el segundo y tercer decreto expedido por el Parlamento, y para aumentar la general ansiedad, se dispuso que pasara á aquella provincia un respetable cuerpo de tropas, que debía acuartelarse, segun la órden que el gobernador recibiera. «De este modo, dice Bradford, la Carta que otorgaba á los colonos los derechos y privilegios mediante los cuales se libraron siempre de una tiranía sistemática, fué violada sin miramiento por la arbitraria voluntad de un ministerio favorito.»

Los ciudadanos que formaban parte de los comités, y otros que se distinguían por su actividad y firmeza de carácter, viéronse amenazados por los serviles instrumentos del despotismo; pero afortunadamente ni consiguieron intimidarles ni que decayera su aliento lo más mínimo, resueltos á jugar el todo por el todo con tal de poner en salvo sus sagrados derechos y caras libertades. El pueblo parecia que comprendiera instintivamente que el resultado final debía ser una encarnizada lucha, pues, segun refiere Botta, no se oía por doquier más que el ruido de las armas, el eco de los añafles y el redoble de los tambores, notándose el deseo general de aprender el manejo de las armas y las evoluciones militares. Jóvenes y viejos, grandes y chicos, hasta las mujeres, compla-

ciáanse en aquellas belicosas escenas; los unos con el afán de instruirse y las otras con el anhelo de animar á sus compañeros y entusiastas defensores. Hacer balas y cartuchos llegó á ser la ocupacion diaria de todos, previéndose fácilmente á la vista de aquellos imponentes preparativos la proximidad de la guerra.

Las tropas acuarteladas en Boston recibieron muy pronto un respetable refuerzo, lo cual aumentó la cólera de aquellos habitantes, que llegó á su colmo cuando el general Gage dispuso que se estableciera una guardia en Boston-Neck con el objeto de impedir que se trasportasen armas de la ciudad al campo. No había día que no se promovieran cuestiones entre paisanos y soldados, y el pueblo parecia dispuesto á sublevarse á todas horas. Gage resolvió fortificar á Boston-Neck, y como si esto no bastara, envió un destacamento á Charleston para que se apoderase de cierta cantidad de pólvora allí almacenada. Esto acabó de exasperar al pueblo, y los habitantes de las comarcas vecinas corrieron á las armas, acordando reunirse todos en Cambridge, donde los jefes populares pudieron á duras penas impedir que se dirigieran á Boston para atacar á la guarnicion, si no se les devolvía la pólvora. Durante aquellos momentos de agitacion popular, circuló el rumor de que la guarnicion había roto el fuego, y no tardaron en acudir al supuesto campo de la lucha más de treinta mil hombres armados. Al ver que no era cierta la noticia, todos se retiraron tranquilamente; pero el general Gage debía comprender desde entónces que el pueblo no vacilaría en recurrir á las armas, si necesario fuese, para defender sus vidas y haciendas.

Puede decirse que el gobernador se hallaba materialmente bloqueado en Boston; el pueblo declaró que no reconoceria ningun tribunal que no emanase de las antiguas leyes del país, y una junta popular administraba en realidad la provincia.

A pesar de la órden del Parlamento y de la circular del gobierno, prohibiendo las reuniones públicas, el condado de Suffolk, cuya capital era Boston, eligió sus diputados, á fin de que se pusieran de acuerdo respecto á la política que convendría adoptar en tales circunstancias. Los delegados expidieron varias circulares manifestando que constitucionalmente no se consideraban obligados á obedecer las últimas disposiciones del Parlamento, que el gobierno de la provincia quedaba de hecho destituido, y que todo el que se atreviese á desempeñar funcio-

nes oficiales con arreglo á los últimos decretos fuese declarado enemigo de la patria.

El día 5 de setiembre se reunió el Congreso continental en Filadelfia, donde se presentaron cincuenta y tres delegados de doce colonias, revestidos de varios poderes que expresaban las instrucciones de cada uno. El venerable Peyton Raudolph, de Virginia, fué elegido presidente, y Carlos Thompson, de Filadelfia, secretario.

«Reuniéronse por primera vez, dice Wirt, los hombres más eminentes de las diversas colonias, que sólo se conocían por su respectiva fama. La primera sesion fué solemne; pues el asunto de que iban á ocuparse era de la mayor importancia, puesto que se trataba de la libertad de tres millones de hombres y de la posteridad de todo un pueblo. No es de extrañar, por lo tanto, que para organizar el Congreso se procediese con la mayor prudencia y cautela, que fuese grande la ansiedad con que todos se miraban, y que todos sintiesen repugnancia de ser los primeros en abordar tan peligrosa empresa. Sin embargo, en medio del silencio que reinó al principio de la sesion, que ya se iba haciendo embarazoso, levantóse lentamente Henry, como agobiado bajo el peso de la tarea que iba á emprender, y despues de pronunciar un brillante y conmovedor exordio, en el que declaró que no se hallaba con fuerzas suficientes para llevar á cabo su cometido, fué extendiéndose gradualmente, recitando la historia y la situacion de las colonias, y elevándose luégo con la grandeza del asunto y la majestad del acto que reunía á tantos hombres ilustres, terminó su discurso... Y sentóse entre los murmullos de admiradores y los aplausos de la concurrencia que, así como ántes le proclamaba el más grande orador de Virginia, reconocíale como el primero de América (1).

Para revestir de más solemnidad los actos del Congreso, se acordó que al abrirse las sesiones se rezara el oficio divino, y al efecto se propuso que fuese invitado el reverendo Jacobo Duché, rector de la iglesia de Filadelfia. Este ofició segun el rito de la Iglesia Episcopal, distinguiéndose entre los concurrentes á Jorge Washington, que oró con la mayor devocion y religioso recogimiento.

Juan Adams describe gráficamente aquella escena, en una carta dirigida á su esposa, en la cual, despues de decir que el reverendo Du-

ché apareció revestido de pontifical, añade: «Cuando aquel santo varon hubo recitado varias oraciones, leyó el Salmo 35. Ya recordareis que esto fué al día siguiente de circular el rumor de haberse roto el fuego en Boston. Nunca he visto escena semejante ni más imponente, y no parecia sino que el Salmo se hubiese escrito expresamente para aquella ocasion. Despues del acto el reverendo Duché recitó otras oraciones que nadie esperaba y que cautivaron á todos, pues el mismo doctor Cooper, aunque es episcopal, nunca oró con tanto fervor. El efecto producido en la Asamblea no podia ser más sublime y profundo, y os ruego que leáis el Salmo de que os hablo. El reverendo Duché es uno de los hombres más amables é ingeniosos que conozco y uno de los primeros oradores del continente, sin dejar de ser un amigo celoso de las libertades de su país.»

Uno de los primeros actos del Congreso fué proceder al nombramiento de un comité compuesto de dos individuos de cada colonia, que se encargara de examinar cuáles eran sus derechos y en qué casos se habían violado, designando los medios que convendría adoptar para su restablecimiento. Seguidamente se acordó por unanimidad publicar una *Declaracion de los derechos coloniales*. Dickinson y Jefferson, diputados, el uno por Pensilvania y el otro por Virginia, formaron parte de la comision encargada de redactarla, y el mismo Jefferson nos dice en sus memorias (2): «Preparé un proyecto de declaracion; pero el señor Dickinson, que alimentaba esperanzas de reconciliarse con la metrópoli y no queria usar palabras ofensivas, lo juzgó muy fuerte. Era hombre tan apreciado y tan hábil, que hasta los que no compartían sus escrúpulos le consideraban mucho. Le rogamos que se llevase el proyecto y lo rehiciese, lo cual ejecutó, no conservando del primero sino los cuatro últimos párrafos y la mitad del párrafo precedente. En seguida lo aprobamos y comunicamos al Congreso, el cual lo adoptó, dando así evidente prueba de su aprecio al señor Dickinson y de sus vivísimos deseos de no marchar de un modo que se creyese precipitado por una de las respetables fracciones de la Asamblea.» La humildad del proyecto disgustaba á los más, y muchos lo votaron por consideracion al señor Dickinson. En seguida, aunque cualquier observacion era ir-

(1) Vida de Patricio Henry, pág. 124.

(2) Jefferson, *Memoirs and correspondance*, tomo I, págs. 9 y 10.—Londres, 1829.



regular, no pudo menos de levantarse y manifestar su satisfacción, concluyendo: Una sola palabra desapruebo en este escrito, señor presidente, y es la palabra congreso. Y yo, señor presidente, no apruebo en ese escrito más que una sola palabra, la de congreso, dijo Benjamin Harrison poniéndose en pie.

Tan buena armonía, en medio de tanta libertad, no supone una prudencia pasajera ni el feliz resultado del primer entusiasmo; por espacio de diez años, mientras duró la gran lucha,



Jorge III de Inglaterra

los hombres más diferentes del partido nacional, jóvenes y viejos, exaltados y moderados, obraron siempre de acuerdo, los unos bastante prudentes y los otros bastante firmes para impedir todo rompimiento. Y cuando al cabo de cuarenta y seis años, después de haber asistido al nacimiento y á la violenta lucha de los partidos engendrados por la libertad Americana, Jefferson, jefe del partido vencedor, escribía sus Memorias, no sin un sentimiento mezclado de placer y de dolor, encontraba en aquella época ejemplos de moderación y de justicia.

Los hombres dotados de sentimiento y de virtud consideran acto gravísimo la insurrección, el trastorno del orden establecido y la fundación de otro nuevo, observa un historiador profundo. Los más previsores no aprecian

toda su importancia; los más resueltos temblarían si conociesen todo su peligro. La independencia no era el designio premeditado ni siquiera el deseo de las colonias americanas; algunas inteligencias penetrantes ó ardientes la presentaban ó la anhelaban al terminarse la resistencia legal; el pueblo americano no aspiraba á ella ni impulsaba á sus jefes por ese camino. «A pesar de vuestra decantada lealtad, decía á Franklin en 1759 Pratt, que luego fué el ilustre lord Camden, á pesar de vuestro decantado afecto á Inglaterra, sé muy bien que un día rompéis los lazos que á ella os unen, y desplegaréis la bandera de la independencia.» «No existe ninguna idea de tal magnitud, contestó Franklin, ni jamás se ocurrirá á los americanos, si vosotros no los maltratais escandalosamente.» «Es verdad, dijo Pratt, y precisamente es esa una de las causas que preveo han de producir tal acontecimiento (1).»

No andaba equivocado lord Camden: la América inglesa se vió escandalosamente maltratada; y no obstante, un año apenas ántes de la declaración de la independencia, y cuando era ya inevitable, Washington escribió al capitán Mackenzia (2): «Os hacen creer que el pueblo de Massachusetts es un pueblo de rebeldes que se han insurreccionado para conquistar su independencia. Permitid que os diga, querido amigo, que estais engañado. Puedo aseguraros que la independencia no es el deseo ni el interés de esta colonia ni de ninguna otra de Tierra firme, separada ó colectivamente. Pero al mismo tiempo podeis estar seguro de que ninguna de ellas tolerará jamás la pérdida de los privilegios y preciosos derechos que son esencialmente necesarios á la felicidad de todo Estado libre, y sin los cuales la libertad, la propiedad y la vida no pueden estar seguras.» «Creed que no existe en todo el imperio británico un hombre que desee más cordialmente que yo la union con la Gran Bretaña, escribía también por aquel tiempo Jefferson á Randolph (3); pero, por el Dios que me creó, os juro que moriré ántes que aceptar esta union con las condiciones propuestas por el Parlamento, y en esta parte creo expresar los sentimientos de toda la América. No nos faltan motivos ni medios para declarar y sostener nuestra separación. Sólo nos falta la voluntad, y ésta va creciendo poco á poco con la conducta de nuestro monarca.»

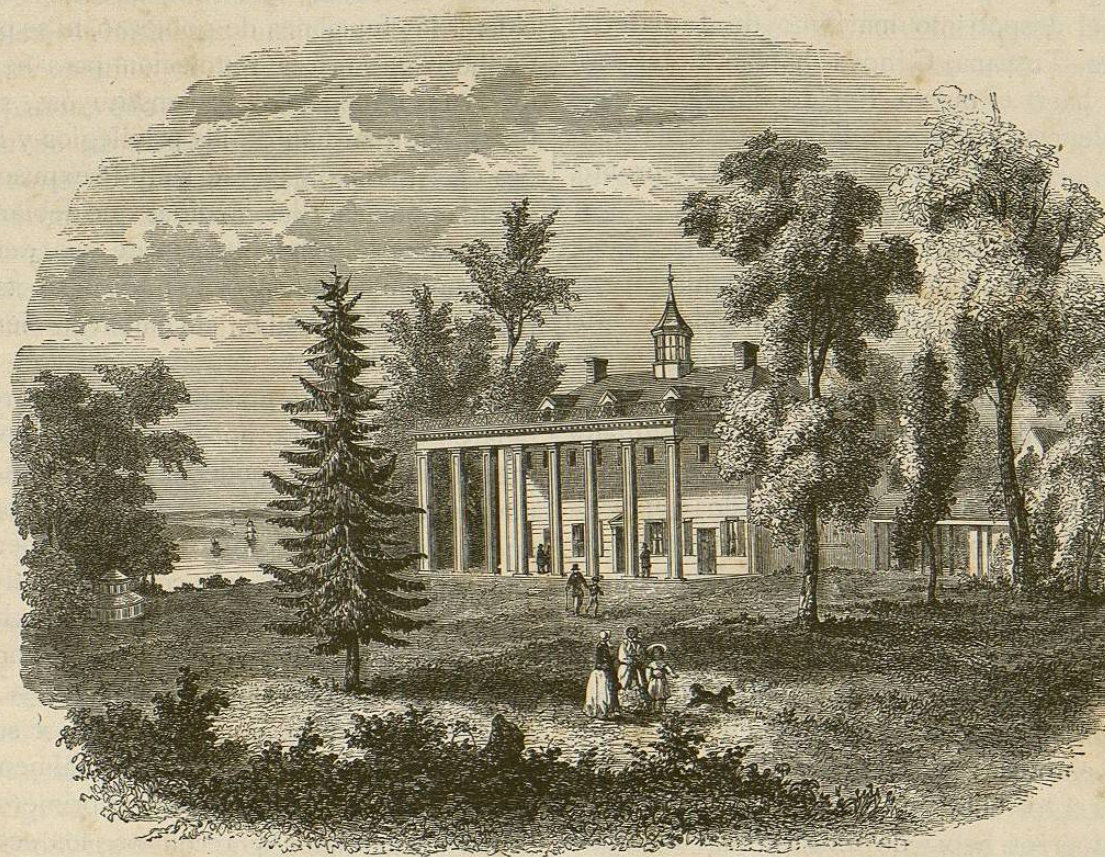
(1) Writings, tomo II, pág. 496.

(2) Writings, tomo II, pág. 100.

(3) Jefferson, tomo I, pág. 153.

Jorge III, comprometido é irritado, sostenía y hasta excitaba á la lucha á los ministros y al Parlamento. En vano le llegaban nuevas peticiones, siempre leales y respetuosas; inútilmente se pronunciaba y recomendaba á Dios su nombre, según costumbre, en las solemnidades religiosas: no se cuidaba ni de las súplicas que se le dirigían ni de las que se hacían por él al cielo, y la guerra continuaba de orden suya, sin habilidad, sin esfuerzo eficaz ni bien combinado, sino con la dura y orgullosa obstinación que

destruye en los corazones el afecto y la esperanza. Había llegado el día en que el gobierno perdiera el derecho á la fidelidad, y nacía para los pueblos el de protegerse por sí mismos con la fuerza, no hallando ya en el orden establecido ni seguridad ni apoyo: día formidable é ignorado, que ninguna ciencia humana puede prever, ninguna humana constitución regularizar, y que sin embargo está marcado por superior voluntad y providencial designio. Si estuviese completamente vedada la prueba que entónces



Residencia de Washington en Mount Vernon

comienza, si desde el punto misterioso en que se encuentra no pesara ese gran derecho sobre la cabeza de los gobiernos mismos que lo niegan, el género humano, uncido al yugo de una fatalidad inexorable y una inquebrantable tiranía, hubiera perdido hace mucho tiempo toda dignidad, y ni la esperanza quedara de felicidad posible.

Agregábase, como condicion esencial, á la legitimidad de la insurrección, de las colonias inglesas, la razonable presunción de un buen éxito. Ningun entendimiento vigoroso dirigía á la sazón la política de la Gran Bretaña; el ministerio de lord North era en todos conceptos una evidente medianía, y el único varón de

talla del país, lord Chatham, formaba en la oposición.

La época de la gran tiranía había terminado. La devastación general y sistemática que poco ántes, en el corazón mismo de Europa, habían sufrido los holandeses por una causa igualmente justa, las proscripciones, las crueldades militares y judiciales, no podían tolerarse por los espectadores de la lucha americana. En el seno mismo del Parlamento británico hubo oradores elocuentes apoyados por un partido poderoso, que hablaron en favor de las colonias y de los derechos. No era posible que Europa contemplara con indiferencia tal lucha. Dos grandes potencias, Francia y España, tenían recientes